

## La señora de la casa de los libros

Carlos Ortiz de Urbina Montoya\*

Así definió mi hija a Carmen Gómez la primera vez que salimos del palacio Elvira Zulueta, la antigua sede de la Fundación Sancho el Sabio en el paseo de La Senda. Al recuerdo de una mujer afable y simpática, que siempre la recibía con una sonrisa y un abrazo, se unía el de una inagotable provisión de caramelos y piruletas de Goya que, para su suerte, Carmen siempre se mostraba dispuesta a compartir. En el mundo de una pequeña de 5 años un palacio, apenas a 5 minutos de su colegio, rodeado de un precioso jardín, ornado de libros en su interior y dirigido por una amable señora, era un lugar de ensueño que siempre se mostraba deseosa de visitar. Carmen convirtió un posible problema, surgido de la necesidad de que una hija acompañara a su padre, por cuestiones personales que no vienen a cuento, a una biblioteca para que efectuara investigaciones, en una fuente de atracción general hacia libros/bibliotecas y en particular hacia ella.

Para esas fechas hacía más de 15 años que conocía a Carmen Gómez, desde la pretérita ubicación de la Fundación en la plaza de la Provincia. Sin embargo no creo ser el más indicado para glosar la capacidad y habilidad, visión y empuje de una mujer que supo entrever el futuro de la institución y capitanearlo, rodeada de un equipo de magníficos profesionales, hacia la realidad que constituye hoy en día, el centro más importante de documentación sobre la cultura vasca. Aunque como espectador, como asiduo usuario, en ocasiones como un pesado usuario, he sido testigo de unos innovadores cambios que constaté llegaban antes que a otros lares.

Me resulta fácil hablar de Carmen. No tengo que estructurar ideas, filtrar pensamientos o matizar la redacción, ni tampoco temer ser adulador. Me basta sencillamente con recordar mi experiencia como investigador, en primer lugar, y en un plano más cercano cuando nuestra relación abarcó niveles más personales. Más complicado me es deslindar las figuras de Carmen como profesional y de Carmen como persona, unidas a mis ojos por una desbordante personalidad que aún a eficacia profesional y calidez humana.

Siendo un novel investigador embarcado en sus primeras publicaciones, en esas fechas en que la informática daba sus primeros pasos (aque-

\* Licenciado en Geografía e Historia  
cortizdeu@gmail.com.

llos tiempos que parecen ya tan lejanos pero que se encuentran a la vuelta del siglo), Carmen supo aconsejarme y encauzar mis pesquisas, y trascendiendo su rol proporcionarme apoyo en momentos de desorientación o vacilación. La Fundación se convirtió en frecuente lugar de peregrinaje de mis tardes, y los cafés pasaron a ser vehículo de conversaciones que no necesariamente se ceñían a la historia.

Las circunstancias de la vida y el curso de las investigaciones convirtieron nuestros encuentros en un Guadiana, que no llegó a padecer la frialdad de la distancia o el olvido. Y pese a las absorbentes ocupaciones que llenaron su tiempo hasta la jubilación, Carmen nunca dejó de atender a mis dudas o de encontrar un momento de calidez para ponernos al día de nuestras vidas.

Todavía hoy mi hija sigue recordando a “la señora de la casa de los libros”, y yo sigo estando agradecido a que la vida me cruzara en el camino de ese entrañable ser humano que es Doña Carmen Gómez.